

Petras

EL MOSAICO AFORTUNADO

Cuántas veces hemos dicho eso de "un mosaico de razas, un mosaico de trajes, un mosaico de religiones"; la metáfora está al alcance de cualquiera, lo cual significa que ha perdido su frescura; en tales casos es un placer olvidar la metáfora, para contemplar una imagen real.

Nuestro viaje incluye hoy la visita de un mosaico. Este elemento decorativo es frecuente en Palestina, suele ser huella de una iglesia bizantina, y por lo tanto, testigo de una veneración antigua. Los arqueólogos trascienden enseñada la calidad artística de los mosaicos, y les buscan su mensaje histórico: "¿qué atestigua este mosaico, con este dibujo, en este puesto?"

El mosaico príncipe de Palestina es el de Madaba, que va a recibir hoy nuestra visita. El está acostumbrado a visitas más importantes y detenidas, y se deja cubrir mimosamente con una cobertura de madera, para preservar su vetustez de malos tratos. Los especialistas le han dedicado minuciosos estudios, y el último de todos, el del P. R. T. O'Callaghan ocupa 77 columnas de apretada lectura en el *Supplément al Dictionnaire de la Bible*.

Tantas atenciones y buenos tratos son quizás una reparación por los malos tratos recibidos en los años posteriores al descubrimiento; los que lo vieron atestiguan que estaba casi intacto. Al edificar una nueva iglesia destruyeron más de la mitad; total, en la opinión del arquitecto encargado de construir una nueva iglesia en el puesto, el mosaico no merecía el interés que se le prodigaba. Sólo doce años después del descubrimiento, un monje griego, muy aficionado a la arqueología cristiana,

descubrió la importancia excepcional del mosaico.

Madaba está al margen de la carretera, sobre las montañas de Moab, aproximadamente a la altura del extremo norte del Mar Muerto. Una aldea como otra cualquiera, cálida y polvorienta: grupos de chiquillos que nos miran con curiosidad, uno de ellos va a buscar al guardián de las llaves de la iglesia; un aldeano que va arreando al borrico por entre las cercas de piedra de las posesiones; sol bastante fuerte en las fachadas blancas de algunas casas.

La iglesia pertenece a los griegos ortodoxos. Atravesamos rápidamente el antiguo atrio actualmente señalado únicamente por una baja cerca de piedra, y el atrio moderno, cubierto de un mosaico blanco. Nos interesa llegar a la joya de la iglesia. El guía levanta las planchas de madera y ofrece el famoso mosaico a nuestra curiosidad.

Geografía en Mosaico.- Qué bonita idea esa de hacer un mapa de Palestina en mosaico. No sé por qué, se me ocurre que el mosaico lo debió inventar un niño, un hombre de alma infantilmente poética. Y aun ahora sería un buen método de estudiar geografía, entregar a los muchachos una colección de cubos para que reconstruyeran el mapa. "Esta piedra rosa corresponde a las montañas del Sinaí, esta verde es del Mar Muerto, esta otra marrón es de una de las palmeras de Jericó, mientras que esta B es la inicial de Belén" y así iría el corro de muchachos recomponiendo el mapa y aprendiendo la geografía de Palestina.

Esto sería un sueño imposible con un mapa moderno: los mapas modernos son tan exactos y precisos, que han suprimido la fantasía. Únicamente esos mapas de las exposiciones o de los libros de estadísticas, conservan viñetas simbólicas o descriptivas en el recinto geográfico. Los mapas que me tocó estudiar de niño eran serios y monótonos como las personas mayores; lo único que me podía distraer eran los colorines, mi primer concepto de las diversas nacionalidades: ¿por qué Francia es azul e Italia verde?

Con el mapa en mosaico de Madaba se aprendería una geografía viva, porque el artista que lo compuso tenía un alma poética. Y una destreza incomparable en su oficio. El conjunto es un verdadero encanto de colores combinados, y los detalles podrían ocuparnos varias horas de sabrosa contemplación. (Más tarde he tenido ocasión de contemplar una buena reproducción que decora una sala del Instituto Bíblico en

Jerusalén, sin la urgencia del tiempo, ni la molestia de agacharse).

Las ciudades no están friamente señaladas por un punto y un nombre: están caracterizadas por su aspecto geográfico o botánico, por algún breve texto de la Escritura que las concierne. El Mar Muerto agita unas ondas oscuras y sustenta dos grandes barcas de elegantísima curva; las velas están recogidas y uno de los ocupantes rema; no hay peces en este mar. El Jordán tiene ondas más claras y menos curvadas: con qué ímpetu lo cruza un pez oblicuamente. El Nilo abre sus ramas del delta, sus peces saben curvar la cola en el momento en que les sorprende el artista. Pero el más encantador animal es esa gacela fugitiva, que vuelve la cabeza asustada para mirar al león, que ya salta para atraparla (y del que sólo quedan las patas traseras y la cola). Entre las plantas predominan las palmeras; son esbeltas, y casi todas cargadas de dos racimos de dátiles, y la mejor de todas está en Jericó; y hay otros arbustos o matas no identificables, a los dos lados del Jordán.

El artista ha contemplado con emoción particular las montañas; se diría que no ha visitado el Sinaí, pues pinta sus montes bastante inferiores a los de Moab. Son montañas de curvas pronunciadas, con pocas manchas verdes de vegetación, con laderas rojas y amarillas como el viajero las ve en días de sol.

Uno de los mayores encantos son las ciudades. Caracteriza fácilmente las aldeas con una casa o un muro de variable número de torres. Pero en las ciudades importantes tenemos una impresión algo parecida a las perspectivas urbanas de las miniaturas medievales. La ciudad está vista desde lo alto: con lo cual, la perspectiva de las murallas se alza en torno circularmente, pero conservando casi siempre el sentido vertical. Jerusalén ocupa un espacio desproporcionado en el mapa, porque el artista pretende expresar el sentido religioso de la ciudad, no su tamaño material. En Ascalón contemplamos una doble avenida concluir en un magnífico portón de la muralla. Gaza está atravesada por una calle recta flanqueada de pórticos con columnas, Nablus entrecruza sus construcciones, mientras Kerak, al otro lado del Mar Muerto, alza sus muros sobre una robusta colina.

Memorias del antiguo Testamento.-

El mapa señala en letras rojas la posesión de cada una de las tribus: "Kleros Simeón, Kleros Iouda, Kleros Dan

..." y en varios puntos cita frases de la bendición de Jacob a sus hijos; parece que sería oportuno recordar aquí el penúltimo capítulo del Génesis, en el que Jacob bendice a sus hijos antes de morir en Egipto. Pero varias razones me deciden a recordar otra famosa bendición.

Sucedió muy cerca de aquí, en los montes de Moab; y tuvo un tono exultante y bello como la visión del artista que compuso el mosaico: colores brillantes, ritmos simétricos.

Pero sobre todo, se trata de las bendiciones de un hombre que pudo ver al pueblo escogido desde lo alto, como un enorme y bello mosaico. "Desde la cima de las rocas le veo; desde lo alto de los collados le contemplo". Antes de que el pueblo escogido se dispersara por Palestina, él los vio bien distribuidos, "acampados tribu por tribu".

Es una historia alegre en que una borrica increpa a quien la monta, y un agorero se burla de quien le alquiló, y Dios bendice por boca de un hechicero.

Cuando Balac, rey de Moab, ve que los israelitas han acampado en su territorio, no se atreve a atacarlos militarmente, y busca el remedio de la hechicería. Balam era un agorero afamado por la eficacia de sus maldiciones.

Conocemos el sistema que empleaban los egipcios: escribían el nombre del enemigo en un objeto de cerámica, y después lo estrellaban contra el suelo; y conocemos algunas de sus fórmulas "todo el que se rebele, o conjure, o luche, o hable de lucha, o hable de rebelión en todo el país", "Amení, hijo de Hetep y de Sen-Usert, ha de morir". Balam tendría sus fórmulas privadas, guardadas en exclusiva, que le aseguraban fama y clientela.

Llamado por el rey de Moab, se pone en camino en su borrica. Ya conocemos la historia: el ángel de Dios se planta delante de la borrica, y el pobre animal se sale del camino y tira por el campo, entre unas viñas; pero el ángel se planta entre dos cercas de piedra, y el animal se aprieta contra una cerca, estrujando la pierna del jinete. Este la apalea por tres veces, hasta que la borrica se vuelve para increparle.

"¿Qué te he hecho yo para que por tres veces me fustigues?"

—¿Por qué te burlas de mí? Si tuviera a mano una espada, ahora mismo te mataría.

—¿No soy yo tu asna? Tú me has montado desde que soy tuya hasta hoy. ¿Te he hecho nunca cosa semejante?"

—No.

Entonces Balam vió al ángel y escuchó la orden de Dios: Vete con Balac, pero di sólo lo que yo te diga.

Balac le recibió honoríficamente, le invitó con bueyes y ovejas inmolados, y a la mañana siguiente le pide que cumpla el servicio solicitado.

Subieron al monte dedicado al dios Baal. El agorero mandó edificar siete altares y ofreció una oveja en cada uno; después se apartó hacia el monte pelado, en busca de la inspiración... "Y Yahvé puso en boca de Balam su palabra". Vuelto a Balac, le encontró con los príncipes de Moab, y comenzando su parábola dijo:

"De Aram me ha traído Balac: el rey de Moab de los montes de Oriente.

Ven y maldíceme a Jacob: ven, y excríame a Israel.

¿Cómo he de maldecir yo a quien Dios no maldice: cómo execrar a quien Yahvé no execra?

"Desde las cimas de las rocas le veo: desde lo alto de los collados le contemplo.

Es un pueblo que tiene aparte su morada: y que no se cuenta entre las gentes..."

Balac dijo a Balam: ¿qué es lo que has hecho conmigo? Te he llamado para maldecir a mis enemigos, y tú los has bendito. El respondió: ¿No he de pronunciar yo lo que pone en mis labios Yahvé? Balac le dijo: Ven conmigo a otro sitio, desde donde puedas contemplarlo, y desde allí me lo maldices.

Llévome a la cumbre del monte Fasga: se repitió la escena del sacrificio, el encuentro con Yahvé, y Balam pronuncia su mensaje:

"...He recibido orden de bendecir, y no puedo revocarla.

Yahvé su Dios está con él: Rey es aclamado en medio de él.

El dios que de Egipto le ha sacado: es para él la fuerza del unicornio.

No hay en Jacob hechicería; no hay adivinación en Israel...

He ahí un pueblo que se alza como leona: se yergue como león.

No se acostará sin haber devorado la presa: sin haber bebido la sangre de las víctimas".

Otra vez se repite el diálogo; y esta vez suben a la cumbre del Fogor; allí ofrecen los sacrificios y allí Balam pronuncia una bendición más gloriosa aún;

"Qué bellas son tus tiendas, oh Jacob: qué bellos tus tabernáculos, Israel.

Se extiende como un extenso valle: como un jardín a lo largo de un río. Como áloe plantado por Yahvé: como cedro que está junto a las aguas...

Se agacha, se posa como un león: como una leona, ¿quién osará incitarle? El que te bendiga será bendito: el que te maldiga será maldito".

(Leída esta bendición mirando a la carta de Maba, parece tener una ilustración oportuna: el valle extenso, el largo río, el león que salta; y el sentido de belleza gozosa).

Pero al rey Balac le irritó la tercera bendición. "Encendido de ira y palmeando le dijo: Te he llamado para maldecir a mis enemigos, y tú los has bendito ya tres veces. Está bien: ahora huye pronto a tu tierra: yo pensaba honrarte espléndidamente, por Yahvé te ha dejado sin el premio. Balam le respondió: Ya lo dije a tus mensajeros: Aunque me diera Balac su casa llena de plata y oro, no puedo contravertir la orden de Dios; lo que Yahvé ponga en mi boca, eso diré. Y ahora que estoy para volverme a mi patria te diré lo que este pueblo ha de hacer al tuyo.

Y volviendo a hablar, profetizó las victorias del pueblo escogido sobre sus enemigos y vecinos. "Alzase de Jacob una estrella: surge de Israel un cetro..."

La carta mosaico fue compuesta hacia fines del siglo VI; la tierra santa gozaba ya de una paz larga; los cristianos se sentían herederos de las promesas, y habían cubierto la tierra con sus hermosas iglesias, adornadas de mosaicos. La tierra no era muy fértil, pero tenía muchas villas y algunas ciudades amuralladas. Los cristianos veneraban paralelamente a los grandes santos del Nuevo Testamento y a los hombres ilustres del Viejo.

Este ambiente de paz política y de piedad religiosa, se refleja en el mosaico de Madaba. Muy pronto sobrevendrían la invasión árabe, y tras ella incidencias y desventuras sin cuento sobre Palestina; basílicas bizantinas destruidas, iglesias medievales arrasadas o convertidas en mezquitas.

Hoy la tierra de las bendiciones está prácticamente rota y mutilada, como el bello Mosaico de Madaba.